

EDUCACIÓN Y SOCIEDAD DEL CONOCIMIENTO

“Es preciso abrir la escuela a las prioridades de la sociedad actual, redefinir sus pactos con los otros agentes socializadores, como la familia y los medios de comunicación, y democratizar los circuitos de acceso al conocimiento. Tener acceso a una educación de calidad se ha convertido en la condición necesaria de cualquier estrategia de cohesión social ”.

Ya se ha dicho repetidamente que el fin de siglo y la entrada en el nuevo milenio están asociados a un profundo proceso de transformación social. No estamos viviendo una de las periódicas crisis coyunturales del modelo capitalista de desarrollo, sino la aparición de nuevas formas de organización social, económica y política. La novedad del actual proceso de cambio social es la simultaneidad de las transformaciones en las instituciones responsables de la cohesión social (la crisis del Estado-Providencia), en las relaciones entre economía y sociedad (la crisis del trabajo) y en los modos de constitución de las identidades individuales y colectivas (crisis del sujeto) .

Durante algunos años. Esta nueva configuración social fue descrita como posterior a alguna dimensión de la sociedad: pos capitalista para Peter Drucker, pos industrial para Touraine. pos moderna para un amplio conjunto de intelectuales... Más recientemente, sin embargo, comenzó a difundirse y aceptarse una visión de esta nueva configuración social basada en la idea de que el rasgo central de la nueva organización social consiste en que el conocimiento y la información estarían reemplazando a los recursos naturales, a la fuerza y/o al dinero, como variables clave de la generación y distribución del poder en la sociedad.

Los primeros análisis acerca del papel del conocimiento y de la información como variables centrales del poder fueron significativamente optimistas en relación a sus potencialidades democratizadoras. Alvin Toffler fue, sin duda alguna, el representante más importante de esta corriente. Sus análisis se basaban en el carácter esencialmente democrático que tienen tanto la producción como la distribución de los conocimientos y las informaciones. Según Toffler, el conocimiento es infinitamente ampliable. La distribución de conocimientos es mucho más democrática que la distribución de cualquier otro factor tradicional del poder, ya que – dice Toffler - “el débil y el pobre pueden adquirirlo”.

Pero la evolución de la sociedad, y particularmente de aquellas que utilizan las nuevas tecnologías de producción basadas en el uso intensivo de conocimientos e información, mostró rápidamente que este optimismo era, por lo menos, ingenuo. En la actualidad se admite que una sociedad basada en el uso intensivo de conocimientos produce simultáneamente fenómenos de mayor igualdad y desigualdad, de mayor homogeneidad y diferenciación.

El aumento de la desigualdad

Uno de los fenómenos más importantes que se registra a través de numerosos indicadores es el significativo aumento de la desigualdad social. Y este aumento es mayor en aquellos lugares donde tienen vigencia importantes procesos de transformación productiva y tecnológica.

Todos sabemos que estos procesos son muy complejos y que no es posible atribuir el aumento de la desigualdad a un solo factor. Sin embargo, también se admite cada vez más que uno de los factores fundamentales asociado al aumento de la desigualdad es la transformación en la organización del trabajo. En pocas palabras, este fenómeno podría ser descrito diciendo que la incorporación de nuevas tecnologías al proceso productivo está asociada a la eliminación de numerosos puestos de trabajo.

Esta diferencia en el ritmo de creación de puestos de trabajo está asociada a su vez a diferencias en cuanto a los salarios. La dinámica en la que el empleo disminuye en los sectores que pueden pagar buenos salarios y aumenta en aquellos que pagan salarios modestos explica las razones por las cuales la recomposición del empleo en función de la evolución tecnológica aumenta la desigualdad.

Pero las transformaciones en la organización del trabajo no sólo están provocando el aumento de los niveles de desigualdad, sino la aparición de un nuevo fenómeno social: la exclusión de la participación en el ciclo productivo. A diferencia del capitalismo industrial tradicional, que incluía a todos a través de vínculos de explotación y dominación, este nuevo capitalismo se caracteriza por poseer una fuerte tendencia expulsora, basada en la ruptura de los vínculos. La exclusión del trabajo es la base de una exclusión general, o para usar la expresión de Robert Castel, una des-afiliación con respecto a las instancias sociales más significativas. La exclusión social provoca, desde este punto de vista una modificación fundamental en la estructura de la sociedad, que estaría pasando de una organización horizontal, donde lo importante no es tanto el lugar en la jerarquía, sino la distancia con respecto al centro de la sociedad.

“Uno de los factores fundamentales asociado al aumento de la desigualdad social es la transformación en la organización del trabajo”.

El avance de la exclusión tiende, de esta manera, a reemplazar la relación tradicional de explotación. La toma de conciencia de la explotación puede provocar –como lo muestra la historia del capitalismo- una reacción de movilización colectiva y de conflicto. En cambio, la exclusión no implica relación, sino divorcio. La toma de conciencia de la exclusión no genera una reacción organizada de movilización. En el fenómeno de la exclusión no existe un grupo contestatario, ni un objeto preciso de reivindicación, ni instrumentos concretos para imponerla. Siguiendo nuevamente a Castel, mientras que la explotación es un conflicto, la exclusión supone una ruptura.

El debilitamiento de las jerarquías

Pero la enorme complejidad de estos procesos se advierte cuando observamos también qué pasa en la esfera de los incluidos, particularmente de aquellos que trabajan intensivamente con las nuevas tecnologías. En este ámbito de la organización del trabajo, se tienden a reemplazar las tradicionales pirámides de relaciones de autoridad por redes de relaciones cooperativas. En este esquema, todas las fases del proceso productivo son importantes, y la inteligencia no puede estar concentrada en la cúpula de la pirámide, sino que debe estar distribuida de forma homogénea para toda la red del proceso productivo.

El ejemplo clásico que se utiliza para describir esta situación es el comportamiento basado en la hipótesis del “error o”. Como se sabe, esta hipótesis fue elaborada a partir del accidente de la nave espacial Challenger, cuando todo el esfuerzo y la inversión realizados para ese proyecto se perdieron por un simple fallo en una conexión secundaria. El análisis de este ejemplo permite apreciar que, en el marco de las actuales tecnologías

de producción, el menor disfuncionamiento de una de las partes amenaza la producción en su conjunto. En consecuencia, los niveles de calidad y de calificación de los trabajadores que se desempeñan en un mismo proceso productivo deben ser semejantes. Se exagera la tendencia a que los menores tienen a agruparse con los menores, y los mediocres con los mediocres. De esta forma, cada unidad de producción se transforma en un subconjunto homogéneo de unos procesos productivo mucho más amplio.

Pero la mayor igualdad entre los incluidos implica una separación mucho más profunda con respecto a los excluidos. En este contexto, la segmentación y la desigualdad social cambian de sentido. Mientras en la economía capitalista tradicional cada segmento social constituía una categoría y la desigualdad se producía entre grupos sociales, ahora, en cambio, la segmentación se produce dentro de cada grupo social. Y ello resulta mucho más difícil de aceptar, porque pone en crisis la representación que cada uno tiene de sí mismo. Estas nuevas desigualdades provocan, por ello, un sufrimiento mucho más profundo, porque son percibidas como un fenómeno más personal que socioeconómico y estructural.

La nueva ideología de la desigualdad

Por esta razón, no es casual que el aumento de la desigualdad venga acompañado de la difusión de teorías que tienden a justificar este fenómeno por la importancia que poseen los factores genéticos en la explicación de determinados patrones de conducta, los niveles de desarrollo cognitivo personal y la ubicación en la estructura social.

Una de las versiones más difundidas de este neodarwinismo social la constituye el libro de Richard J. Herrnstein y Charles Murray sobre la inteligencia y la estructura de clases sociales en los EEUU, basado en el supuesto según el cual la habilidad cognitiva será la variable decisiva en la estructura social que se está conformando para el nuevo siglo, y que afirma también que dicha habilidad es fundamentalmente hereditaria. Algunos científicos sociales han asumido plenamente este enfoque, que paradójicamente, anula cualquier posibilidad de análisis social de las conductas humanas. Francis Fukuyama, por ejemplo, ha sostenido en uno de sus más recientes ensayos que los comportamientos sociales se explican por factores genéticos. Para Fukuyama, como para otros ensayistas de esta misma corriente, fenómenos tales como la criminalidad, la drogadicción, el alcoholismo, la promiscuidad, las separaciones, los divorcios y otras “conductas desviadas” se podrían explicar por factores genético-hereditarios y, por lo tanto, serían difícilmente modificables mediante políticas sociales concretas.

La justificación de la desigualdad a partir de los resultados de la investigación genética constituye uno de los principales ejemplos del papel que desempeñará el conocimiento en la determinación de la estructura social. La información genética permitirá predecir trayectorias de vida con mucha más precisión que en el pasado, y la utilización de esta información posee enormes potencialidades sobre todo el sistema de relaciones sociales. Jeremy Rifkin, el autor de *El fin del trabajo*, ha dedicado su último libro a la revolución biotecnológica donde muestra ejemplos de cómo las compañías de seguros no sólo podrán usar la información genética para definir qué tipo de tratamiento brindarán a los asegurados, sino que los empleadores podrán también aplicar estos resultados en sus políticas de reclutamiento de personal y las escuelas en la selección de sus alumnos. Se abre así la posibilidad de una sociedad organizada con nuevas y más virulentas formas de discriminación, basadas en el perfil genético de cada uno.

Obviamente, estos escenarios futuros no son inevitables, pero este análisis nos muestra que luchar por la justicia, particularmente por la justicia social, no tiene y no tendrá en el futuro los mismos componentes ni las mismas formas que en el pasado.

La centralidad del conocimiento en la sociedad y la disponibilidad de información sobre cada uno disminuye la posibilidad de continuar administrando justicia según el principio de “velo de la ignorancia”, presentado por John Rawls en su teoría de la justicia. La justicia, en el Estado-Providencia y en todas las formas tradicionales de solidaridad, funcionaba sobre la base de este velo de ignorancia que no indaga sobre las particularidades de cada individuo. La ignorancia, en este sentido, contribuye a la cohesión social, mientras que el conocimiento y las informaciones sobre las particularidades de cada individuo ponen en marcha un mecanismo de “despolarización”, de ruptura de la cohesión y debilitamiento del papel desempeñado por la socialización.

Frente a estas tendencias, y respuestas a las ideologías neoconservadoras y neodarwinianas, que justifican la desigualdad social, se está gestando un nuevo pensamiento democrático, basado en la idea de que el hecho de eliminar la desigualdad puede y no debe ser contradictoria con el respeto a la diversidad y a la identidad personal de cada uno. De acuerdo a estos postulados, es necesario mantener la vigencia de los valores de justicia y de solidaridad como elementos básicos para garantizar el carácter sostenido del desarrollo social. Pero esos principios de justicia y de equidad ya no pueden ser aplicados de la misma manera que en el pasado. La justicia, por ejemplo, no puede estar basada en la idea de tratar a todos de la misma manera. La justicia particularmente la de tipo social, debe perder el velo que cubre sus ojos y que le impide ver a quién se dirige, y tratarlo de manera más adecuada a su situación. Desde este punto de vista, la mayor disponibilidad de información puede constituir la base de estrategias de acción social más eficientes para el logro de la justicia, y no en un factor de discriminación, como sugieren los enfoques conservadores.

Pero este nuevo enfoque de la justicia y de la solidaridad social está inminentemente asociado al fortalecimiento de la dimensión política de la sociedad, y en particular de la democracia. La inclusión de todos es un proyecto que tiene sentido desde el punto de vista político, de un proyecto que, para usar los términos del Informe de la Comisión de la UNESCO, presidida por Jacques Delors, nos permita vivir juntos.

La crisis del Estado-Nación

La incorporación de la dimensión política en este análisis nos obliga a observar el otro gran fenómeno que vivimos actualmente: La crisis del Estado-Nación y la expansión de lo que algunos llaman la globalización o la mundialización de las relaciones sociales.

Desde el punto de vista económico la globalización no significa sólo que los capitales puedan moverse rápida y libremente por todo el planeta. El fenómeno socialmente más importante es como las empresas pueden instalarse en cualquier parte del mundo y mantenerse conectadas a través de redes de información, tienden a radicarse allí donde los costos son menores. Este fenómeno produce lo que se ha denominado “una espiral descendiente de reducción de costos sociales”, que reduce la capacidad del Estado para definir su política monetaria, su presupuesto, su recaudación de impuestos y la satisfacción de las necesidades sociales de su población.

Las elites que actúan en el ámbito global tienden a comportarse sin asumir compromisos con los destinos de las personas afectadas por las consecuencias de la globalización. La respuesta a este comportamiento por parte de los que quedan excluidos

de la globalización es el refugio de la identidad social donde la cohesión del grupo se apoya en el rechazo a los “extremos”.

En este sentido, numerosos diagnósticos de la sociedad actual demuestran que la ruptura de los vínculos tradicionales de solidaridad provocada por el proceso de globalización ha generado nuevas formas de exclusión, de sociedad y de marginalidad. Mientras en las cúpulas, las elites que participan en la economía supranacional plantean el riesgo de que su desapego a la nación estimule un individualismo asocial, basado en la falta total de solidaridad, en las bases se aprecian fenómenos regresivos de rechazo al diferente, de xenofobia y de cohesión autoritaria.

Manuel Castells, en ese enorme esfuerzo de análisis realizado en la era de la información, donde en tres volúmenes ofrece un panorama exhaustivo de la economía, la sociedad y la cultura contemporánea, explica con claridad este proceso, que da lugar a la aparición del fundamentalismo y los Estados fundamentalistas. De acuerdo con su análisis del Estado-Nación, para sobrevivir a su crisis de legitimidad, cede poder y recursos a los gobiernos locales y regionales. En este proceso, pierde capacidad para igualar los intereses diferentes y representar el “interés general”. Este proceso deslegitima aún más al Estado, particularmente frente a las minorías discriminadas, que buscan protección en las comunidades locales o en otro tipo de estructuras.

En un contexto de este tipo, la construcción de alternativas democráticas a las tendencias actuales que, tras la apariencia de la modernización, suponen un retorno a la barbarie, implica revalorizar el objetivo de la cohesión social, de la dimensión política de la sociedad y la socialización de las personas en función de valores que promuevan la solidaridad con el semejante y con el diferente. Pero a diferencia de la sociedad, la política y la cultura en el capitalismo tradicional, en esta era de la información, la cultura no podrá ser impuesta desde fuera del sujeto por las instituciones de socialización, sino que deberá ser construida por cada uno.

Los nuevos desafíos de la educación

Si bien no es posible hacer una presentación exhaustiva de los nuevos desafíos de la educación, quisiera plantear al menos algunos puntos que me parecen fundamentales.

En primer lugar, este análisis pone en evidencia la importancia crucial que adquiere hoy la definición de políticas educativas que garanticen a todos una enseñanza de muy buena calidad. Existe un factor específico que adquiere hoy una renovada importancia: frente a los avances ideológicos de los que quieren mostrar que la capacidad de aprendizaje de las personas está asociada a factores genéticos, será preciso desarrollar con más fuerza que nunca la confianza en la capacidad de aprendizaje de todas las personas, particularmente de aquellas que nacen en contexto de pobreza y precariedad social.

Desde el punto de vista, resulta fundamental conceder prioridad a la democratización del acceso a los círculos en los cuales se produce y se distribuye el conocimiento socialmente más significativo. La privatización de estos circuitos y su apropiación por parte de un grupo reducido de la población, daría lugar a una especie de neodespotismo ilustrado, incompatible con las formas políticas democráticas y control social. La democratización de acceso a los niveles superiores de análisis de realidades y fenómenos complejos, debe ser universal. Y la formación básica y universal deberá ser

capaz de dotar al conjunto de los ciudadanos de instrumentos y de las competencias cognitivas necesarias para un desempeño ciudadano activo.

En segundo lugar, es preciso mencionar el cambio experimentado con relación al papel de la educación frente a la movilidad social. En la medida en que la estructura ocupacional de tipo piramidal tienda a perder importancia y se expandan las redes como modelo de organización de las instituciones, disminuye la importancia de la movilidad social vertical y aumenta, en cambio, las posibilidades de exigencias de movilidad horizontal. La educación también modifica su papel, ya que, por un lado, será la variable más importante que permitirá entrar o, por el contrario, quedarse fuera del círculo donde se definen y realizan las actividades socialmente más significativas; y por el otro, será necesario educarse a lo largo de toda la vida para poder adaptarse a los requerimientos cambiantes del desempeño social y productivo.

“La justicia social debe perder el velo que cubre sus ojos y que le impide ver a quién se dirige y tratarlo de la manera más adecuada a su situación”.

En el futuro, paradójicamente, será necesaria una movilidad muy intensa para mantenerse en la misma posición. Este fenómeno tiene consecuencias muy importantes sobre el comportamiento de la demanda educativa. Asumir que debemos educarnos a lo largo de toda la vida, que ningún aprendizaje es definitivo y que el acceso al conocimiento no garantiza el ascenso social, modifica profundamente la representación social tradicional que se posee sobre la educación. Se requiere así unas demandas educativas más cualificadas.

En tercer lugar, es preciso considerar la educación desde el punto de vista del proceso de socialización. A este respecto, ya no es posible pensar, como en el pasado, que las regulaciones vendrían exclusivas o fundamentalmente de la mano de instituciones como el Estado, la Iglesia o la familia. Tampoco es posible pensar que se producirá una regulación espontánea basada en los mecanismos del mercado, que asegure la cohesión y la equidad necesaria para el desarrollo social sustentable. La desaparición de estas formas tradicionales que pertenecían obligada provoca la aparición de una nueva obligación, la de generar uno mismo su forma de inserción social.

Un ejemplo claro de esta transformación es el caso de la familia. La familia mantiene su importancia, pero ya no es la familia fija y estable de antes. La trayectoria familiar de una persona puede atravesar fases diferentes; parejas estables, familias monoparental, unión libre, etc. Los parientes se transforman en una combinación de lazos electivos y de sangre. Lo mismo sucede con el resto de los círculos (amigos, colegas, etc.). En este contexto, se estaría configurando un tipo de sociedad donde el surge el riesgo de la existencia de formas paralelas, duales, de pertenencia social. Por un lado, ámbitos donde predominarán las relaciones elegidas y especializadas, y por otro, ámbitos donde volverán a establecerse sociedades impuestas por factores adscriptivos. Más allá del análisis de cada una de estas posibilidades, lo cierto es que el papel y las formas de solidaridad constituirán el tema central en la discusión acerca de las alternativas de desarrollo social en el futuro.

La formación del sentido de solidaridad está íntimamente asociada a la formación del sentido de pertenencia. A este respecto, cabe señalar que el desafío educativo implica desarrollar la capacidad de construir una identidad compleja, una identidad que contenga la pertenencia a múltiples ámbitos: local, nacional e internacional, político, religioso,

artístico, económico, familiar, etc. Lo propio de la ciudadanía moderna es, precisamente, la pluralidad de ámbitos de desempeño y la construcción de identidad a partir precisamente de esa pluralidad, y no de un solo eje dominante y excluyente.

En términos educativos, el desarrollo de este sentido plural de pertenencia, que combine la adhesión y la solidaridad local con la apertura a las diferencias, implica introducir masivamente en las instituciones escolares la posibilidad de realizar experiencias que fortalezcan este tipo de formación. En este sentido, todos los diagnósticos indican la existencia de un significativo déficit de experiencias democráticas y pluralistas en la sociedad. La escuela es un ámbito privilegiado para el desarrollo de experiencias de este tipo, que puedan ser organizadas en forma educativa.

Postular la necesidad de desarrollar este conjunto de competencia y capacidades es necesario, pero no suficiente.

“La formación básica y universal deberá ser capaz de dotar al conjunto de los ciudadanos de los instrumentos y las competencias cognitivas necesarias para aun desempeño ciudadano activo”

Para los educadores, el desafío consiste, además, en definir los diseños institucionales más apropiados y elaborar las herramientas técnicas y metodológicas más eficaces para que los objetivos superen la fase puramente retórica y se transformen en metas concretas de aprendizaje. Desde el punto de vista institucional, es necesario discutir qué tipo de escuela y qué articulaciones entre ella y la sociedad son más apropiadas para estos desafíos. La escuela tradicional ha estado particularmente cerrada al contacto con otras instituciones y otros actores sociales. Si bien este diseño podría ser el más apropiado en el momento de la construcción de los Estados nacionales, cuando la escuela aparecía como la institución que debía superar los particularismos, y actualmente ya no puede mantenerse aislada, ignorando las transformaciones que se han producido en el ámbito de la familia, la empresa, y los medios de comunicación.

En síntesis, es preciso romper el aislamiento institucional de la escuela abriéndola a requerimientos de la sociedad y redefiniendo sus pactos con los otros agentes socializadores, particularmente la familia y los medios de comunicación. Pero ¿cuál debería ser el papel específico de la escuela? En el contexto del análisis que hemos efectuado hasta aquí, parece necesario enfatizar la idea de que la escuela debe asumir una parte significativa de la formación en los aspectos “duros” de la socialización. Esto no significa reivindicar la rigidez, la memoria, la autoridad, etc., sino aceptar que su tarea es llevar a cabo de forma convincente y sistemática la construcción de las bases de la personalidad de las nuevas generaciones.

En un mundo donde la información y los conocimientos se acumulan y circulan a través de medios tecnológicos cada vez más sofisticados y poderosos, el papel de la escuela debe ser definido por su capacidad para preparar para el uso consciente, crítico y activo de los aparatos que acumulan la información y el conocimiento. En este sentido, parece ser de que una de las pistas más prometedoras de trabajo para la escuela es la que tiene que ver justamente con su relación respecto a la “convivialidad”, las relaciones cara a cara, la posibilidad de ofrecer un diálogo directo, un intercambio con personas reales donde los instrumentos técnicos sea lo que son: Instrumentos y no fines en sí mismos. El clima de las instituciones escolares, diferenciadas según proyectos pedagógicos y dotadas de significativos niveles de autonomía para poder conectarse con

el medio, constituye una variable central para el desarrollo de un proceso de socialización eficaz.

Pero así como el diseño institucional tradicional no puede ser mantenido en las actuales circunstancias históricas, también es preciso advertir que un diseño institucional basado solamente en la autonomía de las escuelas puede aumentar los riesgos de atomización y fragmentación social y cultural. Desde este punto de vista, la autonomía debe ser un estímulo para la vinculación, y no para el aislamiento. La idea de red constituye una forma fértil para estimular las conexiones entre las instituciones escolares que superen el formalismo tradicional y permitan intercambios reales tanto a escala local como nacional e internacional.